

XXXVIII PREGÓN DE SEMANA SANTA

FRANCISCO BLÁZQUEZ MARTÍN

AYAMONTE 13 / 3 / 2.005

*Al Amor, encarnado en mis padres,
hermanos, mi esposa y dos hijos.
A mis amigos del club juvenil CADENA,
“cirineos” de mis pasos por Ayamonte.*

CON PERMISO

Amado pueblo de Ayamonte. Y la palabra amado se impregna, en este momento y en este lugar, de toda la carga de sinceridad que mi corazón genera.

Llegué a vosotros, por primera vez, de noche. Todo era sombra, embrujo y misterio. Tuve la sensación de un niño que estrena casa nueva. Este pueblo me acogió como hijo. Y la “Casa del Niño” se tornó en un múltiple abrazo juvenil y amistoso.

Ayamonte, mi pueblo. No lo interpretéis como petulancia por mi parte. Mi pueblo quiere decir reconocimiento a este lugar que, más que tenerlo yo, me tiene él a mí.

Ayamonte, me abriste los brazos, cuando un lejano septiembre, arribé a tu orilla, y me diste tu abrazo de padre y de madre llenando la ausencia de ambos y de sabor a hogar lejano.

Desde mi libertad opté por ser de y para ti. Tú me sedujiste y yo me dejé seducir en tus atardeceres. No me importaría que la última puesta de sol de mi vida se difuminara en cualquiera de las tuyas.

Muy dentro de ti, en tu corazón de fe, encontré otro amor, faro de luz y esperanza que me ayuda a no tropezar demasiado, en ese largo y difícil camino de la fe personal.

Es a él, y en tu nombre Ayamonte, a quien solicito la venia para afrontar el reto de pregonar la belleza de tu Semana Santa.

¡Señor, dame permiso y saber para que mis palabras sean certeras y lleguen al corazón de este pueblo con el mismo calor y cariño que salen del mío!

¡Pido tu venia para que el torrente sentimental que bulle en mi interior, fluya por estas calles con la misma frescura de una mañana de primavera! Y devolver, encarnado en palabra, el agradecimiento de quien hoy se honra pronunciando este pregón que abrirá, de par en par, la puerta de una semana en la que tú, Dios mío, por obra y gracia de las imágenes, tomarás carne en la madera tallada y pasearás, como el primer ayamontino, por sus calles barnizadas de cal y de noche!

¡Quiero tu ayuda Señor, para que mi alocución tenga el equilibrio claro para resaltar lo que hay de fe, de estética, de arte y de sentimiento, sin confundir ni mermar nada!

¡Préstame tu luz, y así poder mejor descubrir en cada mirada de niño, en cada rezo de madre, en cada gota de sudor de costalero, en cada pie descalzo que camina contigo, esa expresión de amor que, a su manera, este pueblo proclama!

Pido tu venia, para poder gritar que ya estás a la puerta de esta noble ciudad con apariencia de Triunfante, de Amor, de Buena Muerte, Cautivo, de Las Aguas, de Pasión, Orante, Caído, de Padre Nazareno, Descendido, Vera Cruz, doblemente Yacente y Resucitado, como no podía ser menos.

Y con tu venia pregonar que a tu lado camina la mejor de las mujeres a quien este pueblo bautizó, con espuma de mar, imponiendo hermosos nombres como: Angustias, Salud, Rosario, Carmen, Rocío, Buen Fin, Esperanza del Mar, Paz, Amargura, Socorro, Mayor Dolor, Soledad y Victoria.

Cada uno de estos nombres merecería un poema, si yo fuera poeta. Me temo, que tienes que conformarte con esta sencilla oración que inicia mi pregonar:

**Quiero pedirte, Señor,
junto a la venia, SALUD,
para este pueblo de luz
que, a su manera, te ama.**

**ROSARIO de calles blancas,
ESPERANZA abierta al MAR
PAZ y SOCORRO del alma
enferma de SOLEDAD.**

**Sueño que quieras cambiar
la AMARGURA por el gozo,
DOLOR por sana alegría,
noche negra por buen día,
muerte por resurrección,
si dos veces mueres, Dios,
con VICTORIA resucitas.**

**Tú, virgen de las ANGUSTIAS,
hoy llenas mi corazón
y en vez de hacerte un poema
permíteme, madre buena,
ofertarte mi pregón.**

**Ayamonte, míralos.
Yo seré quien te pregone;
el pregón es de ellos dos.
Prestadas tendrán mis manos,
mi voz y mi corazón.**

**¡Con tu permiso, Señora!
¡y con tu venia, Señor!**

SALUDO

Presbítero de la comunidad.

Sr. Alcalde

Sr. Presidente de Agrupación de Cofradías y Hermandades. Sr. Secretario. Hermanos Mayores. Gracias, porque todos me honráis al aceptarme unánimemente para este reto, asumido gustosamente, de pregonar nuestra Semana Santa.

Cofrades todos, amantes de la tradición y devotos cualificados de vuestros respectivos titulares.

Gracias Pablo. Gracias hijo, por dejar hablar al corazón. Sólo así puedo entender y aceptar tus filiales y exageradas palabras. Tu presencia es para mí la mejor de las ayudas para comenzar.

Y a todos los que me honráis con vuestra presencia, la mejor de las tardes en este Domingo en que Padre Jesús ha subido al mirador de fe de la Villa para hacernos señas de que todo comienza y para derramar su mirada, Galdames abajo, y empapar cada calle, cada casa, cada rincón o placita de este su Ayamonte, que ya es Jerusalén, impregnado de verdes aromas y brisa nueva de mar.

¡A ÉSTA ES!

En este Domingo de Señas, la luna se va haciendo nueva. Se asomará en la noche para presenciar este drama, boda de sangre, entre el amor de Dios y el desamor humano.

Todo está a punto. El arte estrena sentimientos nuevos. La cera, que tatuará efímeramente las calles, está lista. Los nervios de los niños y no tan niños, a flor de piel.

Los cofrades miran, huelen y besan la túnica recién planchada, que espera en un rincón de la casa, evocando recuerdos que, a veces, se tornan en lágrimas de ausencias.

La mar estrena mantillas. Una, de bajamar hasta el viernes. Otra, de blanco hiriente y festoneada de espumas nuevas, para la pleamar de la mañana del gran Domingo.

No faltan las golondrinas ensayando zigzagueantes vuelos y trinos. Los esteros huelen a limpio y a nervios por estrenar.

El Guadiana trae una añeja canción que habla de muerte y se la entrega al mar. Todo está a punto. Comienza el drama.

¡A ésta es!

DÍA PRIMERO

Los recuerdos de niño son nuestros cimientos. Sobre uno de ellos edificué una parcela importante de mi vida. Fue mi primer encuentro con la Palabra, con mayúscula. Dormitaba ésta en un libro ajado y húmedo que languidecía en un rincón de mi vieja casa solariega.

Un día lo abrí y comencé a leer. Creedme, ahí comenzó a gestarse este pregón.

Las primeras palabras que leí fueron estas:

“Dijo Dios: haya luz, y hubo luz... y llamó Dios a la luz día y a la oscuridad la llamó noche” Génesis 1, 1-4

Todo empezó por un capricho de Dios. No quiso estar sólo y, sin necesitarlo, creó pensando en el hombre.

Hubo un tiempo en el que Dios bajaba a pasear por el jardín del Edén a la hora de la brisa. No eran estas tierras del sur aquellas tierras de Edén, pero ¡qué fácil resulta, desde este paraíso ayamontino, donde todas las brisas rompen y todas las esperanzas encuentran aquí su puerto, imaginar a Dios paseando por cualquiera de sus rincones!

Paraíso éste bañado por una mar oceana que fue camino de fe y de intercambios de culturas. ¡Qué fácil es, repito, ver a Dios por las orillas de este río que hermana dos pueblos y es puerta al mar donde se multiplican los peces que darán de comer a muchos hogares! Paraíso que huele a pan reciente por las mañanas, porque manos obreras lo multiplican cada noche, para que la gran eucaristía familiar pueda realizarse.

Creó Dios los cielos y la tierra y en este pueblo quiso dejar su autógrafo final en forma de milagro de cal derretida en cascada y salpicada de templos, donde Él y el hombre se encuentran.

Ese autógrafo de Dios escrito con pinceles, se hace presente aquí en atardeceres que acunan al día cansado y lo depositan, engalanado, en los brazos de una noche más de embrujo andaluz.

Quiso Dios crear la luz para mojar en ella sus pinceles de amor creador y decorar un pueblo donde el sol y la luna juegan por sus paredes, alfombrando de sombras sus calles. Calles en las que la noche se roza maquillándose de cal para seducir a las estrellas, insinuándose sensual por las azoteas.

Y la luz se hizo pueblo y se quedó en Ayamonte. Y cada primavera, esta luz, se convierte en amante encelado y ronda, día y noche, las calles de nuestra ciudad.

En Semana Santa se merma para encaramarse en la candelería de cada paso de palio y en los hachones de los pasos de misterio.

Luz diminuta y multiplicada que maquilla y aviva los rostros de las imágenes, creando claroscuros que infunden expresiones y movimiento, al tiempo que procesionan.

El viento entabla una singular batalla entre los pabilos y su llama temblorosa. Viento marino o fluvial, empeñado en besar el rostro hermoso de las vírgenes ayamontinas, tomado prestado a mujeres que vivieron por estas tierras. Manos de artistas lograron que esa belleza terrenal levantara el vuelo y se posara en rostros que recuerdan, cada año, a la joven María de Nazaret.

Esa misma luz, salida de la voluntad creadora de Dios, lame y derrite la cera de los cirios de los penitentes, que la chiquillería se disputa, con las armas de la palabra pedigüeña y el trocito de papel aluminio, para crear esa pelota que crece cada día, a la par que el sentimiento cofrade, que les llevará muy pronto a ser hermanos de alguna cofradía.

Luz secuestrada para la intimidad por cámaras fotográficas que pugnan por eternizar ese momento irrepetible y sublime que dibujan a un tiempo la imagen, la noche, la esquina, el movimiento costalero y la luna.

Y quiso Dios separar el día de la noche utilizando el bisturí de la luz. El día y la noche se engarzan en manifestación de fe cofrade en Ayamonte.

El día sabe a “levantá”, a penúltima visita a los titulares de las personales devociones. A nervios a medias controlados, ante el cercano comienzo de la estación de penitencia. Huele a últimos esfuerzos para que no falte un detalle. Da cobijo a ese cenáculo donde se celebrará la eucaristía que es el último alimento de fe antes de emprender el camino procesional.

Cuando la tarde prologa a la noche, el reloj del corazón comienza a descontrolarse. La hora de salida se sitúa en el horizonte, dibujado en el dintel de los templos, y parece acercarse a toda prisa.

La luz se descompone en las calles ayamontinas salpicando túnicas y capirotos formando un arco iris de emociones, promesas, sentimientos, devociones y fe.

El blanco es un desafío a la noche cercana. El negro presagia ya un desenlace de luto. El rojo habla de sangre inocente que invita a la penitencia. El sol se va tornando morado ante el dolor caído en tierra. El verde quiere ser esperanza ante la muerte y compañía en la soledad.

La noche es territorio que huele a dama de noche. Es un cofre adornado de estrellas que encierra aromas de palmeras cimbreadas y olivos recién cortados, mecidos por el Amor que se entrega.

Es telón de fondo que arropa a las imágenes.

Luz y noche juntas para enmarcar esta danza de tragedia.

Noche que arropa los desnudos cuerpos que mueren, o casi, cada año cuando la luna del Nisán judío peregrina a Ayamonte, estrenando galas nuevas, compradas en los mercados del cielo palestino.

Almacena la noche cofrade, recuerdos de frío en ensayos que roban tiempo al hogar, al descanso y al sueño. Tiene ecos de música pobre que acompaña ilusiones ricas.

**Creaste la luz, Señor,
y en Ayamonte se posa
como polícroma rosa
de espina, duda y dolor.**

**Forman una cruz de amor
el río y el sol poniente;
nace un lienzo penitente
de variopinto color.**

**Aquí la noche y el día
galantean con tu luz,
danzan la muerte y la cruz
en cofrade melodía.**

**Hiciste la luz, Señor,
y a la par la primavera.
Aquí la luz y la cera
se abrasan en oración.**

**Luz que enamora en la Villa,
luz que en Salón sesteá
en Canela parpadea
y en la Punta maravilla.**

**Luz que en Pozo del Camino
se viste de campo y sal.
Luz y noche son costal
de este misterio divino.**

**¿Y no es verdad, Creador,
que cuando la luz plasmaste
en este pueblo olvidaste
tu paleta de pintor?**

**Si en el Edén desde el cielo
dibujaste la belleza,
tengo, Señor, la certeza
que Ayamonte fue el modelo.**

DÍA SEGUNDO

Seguí leyendo en aquel libro de misterio:

“Dijo Dios haya un firmamento por en medio de las aguas (...) y apartó las aguas de por debajo del firmamento, de las aguas de por encima del firmamento. Y así fue. Y llamó Dios al firmamento cielos.”. Gn. 1,6-7

La voz de Dios me susurraba. Oí “cielos”. Plural hermoso, enriquecedor, cargado de vivencias y que nosotros, tan inclinados a la simplificación, hemos singularizado.

A los cielos mira el campesino soñando la evolución de la semilla que enterró esperanzado en convertirla en comida.

Los cielos otean y escudriñan los marineros buscando la bonanza e intentando adivinar el comportamiento de su mar sintiendo la lengua, melosa o brusca, del viento.

Mira a los cielos el cofrade, con su antifaz recogido, cuando una gota de lluvia quema en su alma y pide, tragándose las lágrimas, a sus titulares que se abran los cielos y escampe.

Y a los cielos nos remiten las imágenes que encierran el misterio del amor venciendo, en la muerte, al odio.

Los cielos se tornarán noche heridos por la espadaña de san Francisco. Y la noche parirá muerte cuando las puertas se abran y desde la penumbra, un pecho abierto, certifique que el drama de sangre se ha consumado.

Hombres y mujeres, niños boquiabiertos, aguantan la respiración, mientras los últimos vencejos coronan con filigranas negras y rápidas el templo.

El dolor se cobija en un Cristo verdadero como su cruz y su boca entreabierta parece animar a los costaleros para que le entreguen a su barrio expectante. Todo el barrio cabe en la mirada de un anciano que se quita su gorra y estrujándola entre sus nervudas manos, inventa una plegaria que encierra sabor a campo en ciernes. Mira el anciano a Cristo que aún conserva en sus ojos la amargura de morir sólo.

La brisa del Guadiana lame su desnudez y se lleva las últimas palabras que anteayer resonaban vigorosas, denunciadoras, recias y vivificantes.

Vera Cruz, paseas por Ayamonte en cruz verdadera. Cruz desnuda que magistralmente esculpió con palabras León Felipe, el poeta desterrado de Castilla.

Las palmeras de la Laguna se estirarán queriendo asomarse a Cristóbal Colón, intentando mojarse en ti para bendecir, a golpe de brisa, a los niños que juegan, inocentes y ajenos al drama que por sus calles procesiona.

Los paseantes, como una ola, llegan a la calle Real para verte de cerca. Quieren comprobar en el pergamino pálido de tu cara, la firma de Dios Padre legitimando todo lo hecho por ti.

Verdadera Cruz con cuerpo desnudo en madera desnuda. Sobra todo adorno en tu cruz, Señor. Sobra el oro en tu cruz y en tu iglesia. Sobra todo lo que impida ver una fe vertical hacia Dios y un compromiso horizontal con los más necesitados, “porque de ellos es el Reino de Dios”.

¡Qué fácil y qué pronto, Vera Cruz, hemos olvidado y maquillando, aquellas tus palabras que decían: “he venido a dar la buena noticia a los pobres”!

¿Tendremos que renunciar a estrenos mientras los pobres nos tiendan la mano?

Cuando la tarde del Viernes Santo corre su telón de cielos vespertinos, Ayamonte se siente atraído a su parroquia de las Angustias. Una nueva Navidad comienza, pero esta de sangre. Dios va a descender, desde los cielos, por la cruz, a la tierra de Ayamonte y este pueblo será sábana para envolverlo.

Dios descende y la noticia rebota de azotea en azotea. Revolotea por encima de los esteros y llega a Canela. Allí, en una ermita pequeña, soñada de espumas, de arena y retamas, está la madre de Dios que hoy ha querido dejar de llamarse Carmen para ser Dolor.

Mayor Dolor salpicada de conchenas, tiene prisa por llegar al paseo de la Ribera, para tener en sus brazos a su marinero muerto, antes de que lo reciba la tierra de Ayamonte.

Desde el Salón hasta la Ribera se escucha el sollozo de madre que toma forma de interrogación: “¿hay dolor semejante a mi dolor?”. Las aguas de la Dársena se tensan mientras que María del Mayor Dolor llega al Paseo.

Encuentra a su hijo muerto. Sentada, espera que sus brazos puedan prodigarle la última caricia. Necesita tenerle cerca y hablarle al oído. Quiere compartir con él los muchos dolores que amasan su Mayor Dolor.

Corazón de madre compartirá con él el dolor de tantas mujeres maltratadas por quienes adulteran el amor con la posesión. Quiere hablarle, susurrarle, de tanto corazón femenino violado. De tantos niños y niñas vendidos para alimentar la depravación de quienes nunca tuvieron el corazón limpio.

Pero su hijo sigue pendiendo entre un cielo de noche y su pecho de madre. El dolor se hace espeso y el humo lo expande por todas las calles. Los tambores retumban confirmando la sentencia. Las gaviotas se marchan dejando los cielos hambrientos de plata.

No quieres volver, Señora, a Canela porque te asusta solamente pensar en el hueco que ya nadie puede llenar. No puedes imaginar su silla de “nea” vacía e inmóvil. Te es imposible mirar al río sin verle en la orilla charlando con sus marineros amigos. ¿Cómo cerrar la puerta de tu ermita dejando fuera la inmensidad de su ausencia?. ¿Con quién compartir ese dolor mayor que tan sólo hace un año segó la vida de casi doscientos hijos en el corazón de Madrid, hiriendo el tuyo?

¿Cómo no ahogarse en ese mar de llanto de madres rusas a quienes la cruz del terrorismo desalmado, segó la vida recién estrenada de sus hijos en la escuela?.

Te marcharás del Paseo guardando en tu corazón las palabras, que unos minutos antes, unas vírgenes, vestidas de blanco y pardo, con zapatillas de esparto, te han rezado y prometido que ellas prestarán sus manos y continuarán limpiando las heridas a tu Hijo, matando su hambre, expulsando su soledad y llorando su mortaja, cuando descienda, cada día, en forma de necesitado a Ayamonte.

**Pausada escapa la tarde
por el camino del río.
Recorre un escalofrío
la plaza de san Francisco.**

**Calla el mar. Hablan los riscos.
La oscuridad se hace luz
ya va asomando despacio
el Señor de Vera Cruz**

**Serpentea en la Barranca
una brisa marinera
que de los cielos desciende
y en vez de apagar enciende
la noche de primavera.**

**Las Angustias se ha tornado
en un calvario choquero.
Está descendiendo Dios,
reza el pueblo una oración
con acento marinero.**

**Desciende el Descendimiento
hasta la misma Ribera
y llega desde Canela
una canción de retamas
de su ermita que cerrada
sueña con estar abierta.**

**Quiere la mar y no alcanza
su larga mano tender
y ayudar a descender
a un Dios que muere soñando
con un nuevo amanecer.**

**Y cuando la noche es
manto de la pena negra
llega rezando la cera
y sollozando el tambor,
que se acerca a la Ribera,
llorando, el Mayor Dolor.**

**Ayamonte, ponte en pie
mira el rostro de María.
Dime si en tu mente cabe
prueba más grande de amor:
de un Dios, que en un mismo día
te ha entregado Hijo y Madre.**

**Ayamonte, ponte en pie
sean tus manos la mano
que permita descender
a Vera Cruz macilento;
Vera Cruz que hoy por ti es
Señor del Descendimiento.**

**Ayamonte, ponte en pie,
sea tu oración clamor,
que ya llega a la Ribera
la madre que desespera,
Virgen del Mayor Dolor.**

DÍA TERCERO

Otra vez hablaba Dios en mi libro:

Y llamó Dios a lo seco tierra y al conjunto de las aguas lo llamó mares. Produzca la tierra vegetación, árboles frutales que den fruto Gn.1, 9 - 11

Y el milagro creador se expandió hasta Ayamonte. Aquí, del mar, nació un pueblo y del pueblo nació un barrio que se encaramó a sus hombros. Barrio blanco, limpio, tendido al sol y recién lavado cada amanecer.

Balcón donde cada mañana el sol se acicala, mirándose en el espejo de un río, casi mar, tranquilo. Después pasea, lento, regodeándose en la belleza, por sus calles irregulares.

En la cima del barrio, el templo del Salvador intenta aliviar a un Jesús casi roto y orante. Surtidores de piedra, sus arcos, se abren como tienda protectora.

La Villa, cuando la primavera trae entre sus aromas perfumes de Jueves Santo, se torna en vegetación orante. El Solar es, por una tarde-noche, un Getsemaní móvil que se desliza por sus calles. Galdames es un nuevo torrente Cedrón que ha puesto fin a una cena de amor y desembocará en traición y muerte.

De un olivo pende un cáliz que hace brotar una súplica de clemencia de un Jesús de Nazaret, que al pasar cerca de lo que fue la casa Cuna, recuerda a muchos niños que tuvieron que apurar su propio cáliz de pobreza, de soledad y de abandono mortificador, que la crueldad del destino les impuso. Como él, ellos tuvieron a su lado ángeles, con tocas blancas y hábitos azules. Hijas de la Caridad que velaban sus sueños convirtiéndose en madres cada infantil despertar.

El pozo de la Villa retiene el eco de una música que se esfuma por las callejas blancas, mientras que en el Pilar se reflejan y comienzan a hacerse guiños las primeras estrellas que decorarán la noche. Ayamonte te espera ensayando saetas que voces profundas tenderán en el olivo.

**En medio del olivar
se baten en retirada
el valor y la amistad.
Del Padre, la voluntad
al final se ha de cumplir.**

**Sólo el silencio responde
a tu orar desesperado.
Poco a poco vas dejando
un barrio que te despide,
Señor, en el huerto orando.**

**Tu barrio te deja ir
soñando con tu regreso.
Limpiaré el Guadiana el beso
que ha de estamparte el amigo.**

**Aunque los doce escaparan
cuando te hicieron cautivo,
no temas, Señor orante
que hay un barrio vigilante
orando también contigo.**

**Y cuando la maravilla
de la “madrugá” se acerca
sentirás, Señor, muy cerca
el corazón de tu Villa.**

Girando en la esquina de Capilla del Monte, tu oración tropieza y caes. Se estremece “el Baldeo”, húmedo aún. No puede impedir que tu rodilla toque el suelo.

Caes, Señor, y recorre tu rostro un bando de tristezas. Un dolor, que no brota de la carne, serpentea por la cruz hasta tus manos. En tu “vía crucis” ayamontino también te encuentras con mujeres. Mujeres trabajadoras, que desde las fábricas cercanas, quisieran limpiarte; se lo impide el trabajo. Tú, proletario divino, lo comprendes y sigues andando, convirtiendo sus múltiples “babys”, en actuales pañuelos de verónicas.

Llegas a san Francisco y tus ojos dialogan con los míos: ¿Quién te ha empujado, Señor? ¿Será esa mano que esta escribiendo la moral de una sociedad que quiere borrar los valores por los que caminas a la cruz? ¿Será el empujón de quienes sueñan con amordazar todo eco cristiano y luego se apuntan a los primeros puestos en los eventos religiosos? ¿Te ha empujado la cobardía de los cristianos que tememos manifestarnos creyentes en los ambientes descreídos?

Callas. Lentamente te pierdes, Caído, camino de la Barranca. Una voz ronronea en el cerrado Soledad. Es un fandango que tiene sabor a saeta:

**Yo también caí, Señor,
y no supe levantarme.
¡Ayúdame, por favor,
que se mueren de dolor
la mujer, el hijo y mi madre!**

De pronto se repite el deseo divino, pero al contrario: lo seco deja ver al mar. Una mar disfrazada de río que se asoma intentando ver la puerta de san Francisco. Viene a buscar a su Esperanza.

Las puertas mendicantes se abren de par en par, desgarrando la húmeda penumbra interior, para que la voz del mar llame a los costaleros y saquen a la calle a la marinera de Ayamonte.

Un rostro se ilumina y todas las rodillas entregan a la tarde a una virgen a quien las retamas, pañuelos verdes empapados de agua marina, saludaron en julio como Carmen, y en primavera se torna en su Esperanza del Mar.

La mujer del Ayamonte marinero sale a la calle y es saludada con oraciones de miedo y esperanza. Quieren, Señora, que tu verde manto sea un salvavidas para el hijo, el marido o el novio, que en esta tarde noche no puede estar junto a ti pero que en ti piensa.

Virgen del mar y esperanza nuestra, cuando desde el Paseo te giran para que veas la mar, comparte el riesgo de tantos marineros que son acunados por olas inciertas. Perdona, nuestra culpable indiferencia ante ese contemporáneo éxodo de pateras para quienes el mar, negro y no rojo, no se abre, sino que se cierra cruelmente.

Acoge en tu amparo, mientras escuchas la salve, a todos esos soñadores ilusos que arriesgan sus vidas buscando su tierra prometida que encuentran cerrada. Realiza el milagro de hacerte visible como madre, Señora, a esos niños que traen el miedo en los ojos y de los que la mar se traga sin haber visto aún la luz del día. Escúchame y ampáralos mujer, judía, marinera y ayamontina.

**Que sólo tu nombre encierra,
marinera ayamontina,
un arsenal de emociones
cuando tu sombra ilumina
una tarde que agoniza
oliendo a cera y a sal.**

**Es la oración el costal
que soporta “pegaitas”,
largas de noche sin sueño,
de una madre que no llora,
seca de tanto llorar,
al hijo que engulló el mar
en una fecha maldita.**

**Todo un pueblo te acompaña,
mujer, y tu barco empuja
por esa mar de Ayamonte
que más que abrazar te estruja
y el zumo de los esteros
se cobija en las espaldas
de hombres de mar y retama,
de hombros, Señora, Punteros.**

**Esperanza, no vas sola
en esa tarde ya añil
te empuja a babor La Villa
y a estribor El Banderín.
A popa sopla La Punta
y la Barranca por ti
raja su pecho en la proa
y te deja, sin sentir,
en un marco de palmeras
que viven un sin vivir.**

**“Cajirones” en Canela
te contemplan a lo lejos.
Ojos de barro ya viejos
que lloran, pues no te ven,
mientras le roba la luz
al mar, el atardecer.**

**Te canta el viejo Guadiana
lento fado marinero
¿o es un fandango choquero
arrancado a sus entrañas?**

**Muchacha de Andalucía
Ayamontina de honor.
Las gaviotas te trenzan,
de espumas, una oración
mientras el sol se tatúa
de nubes el corazón.**

**De cal, de estero y de fe
te acaricia un vendaval
porque has de saber, Señora,
que quien te lleva en volandas
es la Punta del Moral.**

DÍA CUARTO

El recuerdo retorna a mi libro de niño:

“Dijo Dios: haya luceros en el universo celeste, para apartar el día de la noche y valgan de señales para solemnidades, días y años; y valgan de luceros en el firmamento celeste para alumbrar sobre la tierra.” Gn.1,14-15

No podía quedar la noche de Ayamonte sin luceros. Y quiso Dios regalar a sus noches de Semana Santa cuatro rostros, cuatro luceros, que alumbraran el camino a la fe de los ayamontinos. Cuatro fotografías de su madre soñadas por Él y bautizadas por Ayamonte con los nombres de Salud, Rosario, Paz y Socorro.

Luceros que son una letanía de piropos bajo palio. Ayamontinas vírgenes encarnan la Salud que nos trae, un año más, el carpintero de Nazaret. Un Rosario de misterio es acunado junto al parque y en todo el Salón, en la noche del Lunes Santo.

La Paz, que sólo nace cuando impera la justicia, se asoma el Miércoles y sus ojos se llenan de mar nocturna. Y cuando la noche hace que Ayamonte ascienda, arrastrado por el andar cansino de su Nazareno a la vía dolorosa de la calle Amargura, una garganta pedirá Socorro y este pueblo la llevará a hombros por la Villa.

Aún quedan en el aire los ecos de la algarabía infantil y cimbrar de las palmas y los ramos. Aún quedan en los corrillos de las calles los comentarios de aquéllos que han visto a Jesús de Nazaret paseando triunfante por el paseo de la Ribera.

No se han cerrado del todo las puertas del templo de las Angustias, cuando de nuevo se abren de par en par porque hay dentro un rostro que la noche necesita para pregonar a todos los habitantes y forasteros, que se encuentran en esta ciudad, que ha comenzado la noche del Domingo de Ramos.

En la cara de esta mujer, aún aletea la sonrisa que dibujó la mirada de un Hijo que entraba triunfante en la ciudad.

Salud, susurra una ligera brisa que juguetea infantil en la Laguna. Salud de un mundo que enferma de valores y se desliza por la pendiente destructora del relativismo ético y moral. Salud de una naturaleza herida de muerte porque sus leyes las marca un capitalismo voraz.

Eres, Salud, lucero que deja al descubierto nuestra humana contradicción: encubramos a tu Hijo por la mañana y en la noche lo colgamos del madero.

El hombre, Señora, sigue enfermo de eternidad aunque le cueste reconocerlo. Enfermo por las nuevas drogas del triunfo a cualquier precio, del poder caiga quien caiga, del dinero, aunque sea vendiendo hasta el alma al mercado televisivo.

No nos dejes, Señora de la Salud, enfermos por más tiempo. Contagia tu coraje de madre a esas personas luchadoras por la justicia, que son doctoras y doctores de caridad, únicas medicinas que pueden ya curarnos.

No te marches del Paseo sin mirar a esa mar, agazapada en la noche que enferma de contaminación, mermando el sustento de tantas familias. Mujer humilde danos tu humildad y cúranos.

En tu regreso, Salud, unos ojos de niña se cruzan con los tuyos y el diálogo teje esta pequeña historia:

**Desde la esquina te mira
con sus ojos achinados
y su síndrome de Down.
Indefinida sonrisa
se diseca en su mirada**

**La niña mira a la virgen,
la virgen la está mirando:
“Hazme, Salud, como tú,
ser tan hermosa yo quiero”.**

**María en su palio gira
y habla a la niña en silencio:
“no te acomplejes mi niña,
tú sí que eres un lucero”.**

**La niña se ríe y ríe.
“Mi hija se está riendo”.
Llora la madre “pa” fuera
no llora el padre, está muerto.**

**Salud, qué hermoso milagro
en esta noche tú has hecho:
la niña se sueña hermosa
feliz por fuera y por dentro.**

**Salud, te vas alejando.
La noche se va vistiendo
de luceros infantiles.
La niña... sigue riendo...**

**Ayamonte está rezando
y al amparo de tu luz
susurra que no te marches,
que no le dejes, Salud,**

El Salón cada Lunes Santo estrena brisas nuevas y presta sus calles, cansadas de verlo de lejos tantos años, para que tres capítulos del drama de Amor se escenifiquen allí. Desde sus nuevos muros, San Vicente de Paúl que impuso como lema y obligación a sus hijos las mismas palabras de Jesús: “ me envió a evangelizar a los pobres”, mira como un nuevo lucero sale de su templo para unirse al cielo del nuevo Ayamonte.

María del Rosario recuerda, en el quicio, aquel portal de Belén que les dio cobijo cuando su casa de Nazaret quedaba lejos. En san Vicente se siente acogida pero ansía retornar a su casa de la Merced. Se lo impiden, como entonces, la burocracia y el dinero.

Desde el Salón, mira la torre de su Merced. ¡Hay dentro tantos recuerdos, tantas confidencias, tantas súplicas, favores y plegarias empapadas en lágrimas y pegadas a sus frías paredes, que resulta imposible no añorar la salida de otros años!.

La dársena, tu espejo, aún refleja la huella de un dolor Cautivo y para quien deseas, al menos, una Buena Muerte.

Emigrante hermosa, partida de dolor por el hijo que camina delante, no hablas, no te quejas; solamente en tu interior sigue ronroneando la palabra que abrió a Dios la puerta de la humanidad y en esa noche la de Ayamonte: “hágase”.

Dos rosarios caminan hacia el Paseo. Uno eres tú, hermoso lucero que, la noche, te coronará estrella de la mañana.

El otro, un rosario de promesas que prolongan tu manto que roza el suelo ayamontino a través de unos pies descalzos que solamente sienten el calor de tu devoción.

¡Cómo te mecen tus costaleros cuando tu recorrido tiene ya sabor a regreso! Cuando pasas por tu plaza, tan cerca de tu casa de siempre, te miman, te acunan para que no te sea tan duro el adiós.

Con el último “ahí quedó” de tu capataz, se fundirán lágrimas y sudor de tus costaleros que se resisten a dejarte.

Miradas de tantas madres obligadas a rezar cada día los misterios más dolorosos de su vida porque, como tú, tienen que acompañar todo el año a los hijos cautivos de la droga para quienes saben que no existirá una buena muerte.

Se tragan el dolor para que ellos sigan viendo, al menos en ellas, la más comprensiva de las sonrisas. La última saeta se pegará a tu manto:

**Rosario de faz serena,
judía y ayamontina.
Un piropo en cada esquina
llora, viéndote pasar.**

**La luna es “Ave María”.
La noche sueña misterios:
El Libertador, cautivo,
la Vida, casi muriendo.**

**No puedes sentirte extraña
en esta tu casa nueva
que para aliviar tu pena
todo el Salón te acompaña
jovencita nazarena.**

El lucero del Miércoles Santo pernocta en el templo de las Angustias. Quiso el Creador pedir prestadas las manos a León Ortega para esculpir la luz de esa noche cofrade.

Errante por un cielo convulso, llegó a Ayamonte cuando las innecesarias heridas fratricidas aún estaban frescas. Vino hablando de Paz y este pueblo la escoltó con túnicas blancas y cíngulos rojos. Mensajera de una paz que no era el fruto de los vencedores sobre los vencidos. Traía el abrazo de la justicia con la sociedad.

La misma María de Nazaret portando la bandera de la paz y poniéndose al lado de los pobres, porque su Hijo había venido para darles a ellos la grata noticia de ser condecorados con el noble título de bienaventurados.

Señora del Miércoles Santo, contárganos esa paz que empapa tu rostro, porque en él han decidido habitar las bienaventuranzas.

María de la Paz, no abandones nunca estas calles que te ven procesionar. Permanece en nuestras casas, en nuestros ayuntamientos, en nuestros parlamentos, para que sea tu paz y no bastardos intereses, los que gobiernen nuestro hogar, pueblo, comunidad o país.

No te marches, Madre, sin hacernos comprender que tu paz, tiene que nacer del amor y no del equilibrio de fuerzas. Que nunca más levante el hombre su mano contra su hermano. Aleja de nosotros la sombra de Caín y aleja para siempre a aquéllos que siguen defendiendo que para conseguir la paz es necesario preparar la guerra. Desenmascara y condena para siempre a quienes utilizan el nombre de Dios para justificar la violencia. Espanta, Señora, la sombra de todo holocausto.

María de la Paz, grita tú, porque hemos matado a tu Hijo: “bienaventurados los pacíficos porque ellos heredarán la tierra”.

Cuando la pleamar de cabezas te empuja para ascender a tu casa, prendo a tu manto el sencillo clavel de mi saeta muda:

**Velero de Paz, Señora,
en esta mar de Ayamonte,
hermoso y sin par lucero,
¡Cómo te miman, María,
esos hombros costaleros!**

**Te dejarán mientras lloran
y sudan una oración.
¡Qué doloroso el adiós!
¡Qué sólo queda el costal!
Pero este pueblo, Señora,
te encontrará a cualquier hora,
allí donde esté tu Paz.**

De pronto huele a madrugá en la Villa. La noche camina a golpes de horquetas. El reloj duerme. El tiempo lo marca el corazón. El Salvador es faro que decora, otra luz más fuerte que viene ascendiendo por Galdames. Contiene un llanto que sabe a misterio doloroso.

Es el gran lucero de la “madrugá” de Ayamonte que tiene su orto y su ocaso en este barrio. Y este pueblo cada viernes del año peregrina al Socorro para ver al Señor y terminar hablando con ella.

Nadie conoce con exactitud cuándo apareció en el cielo villorro, pero nadie imagina pensar que un día pudiera desaparecer.

Manos italianas cumplieron el compromiso divino de engarzar este lucero en la noche del barrio.

Cuando la luz de la Paz vacila. Cuando Ayamonte comprende lo difícil que es mantener la paz en el hogar, en el pueblo y en el mundo, mira a su barrio alto. Pide socorro en el Socorro a su virgen del Socorro.

Ayamonte acompaña a María del Socorro por la calle Amargura porque ella sale siempre a socorrernos y a ampararnos cuando la amargura se hace noche en nosotros y comienzan a nacer en el corazón dudas y sinsabores y somos incapaces de encontrar el norte porque hemos emborrinado el horizonte vital.

Ella es la luz que se enciende en la Villa y logra que en ella desemboque todo el río humano que en la “madrugá” se desborda, convirtiendo a todo el pueblo en amplia capilla.

Amargura, Madrugá, San Francisco, La Barranca... son una plegaria andante bajo el manto que socorre.

Cuando la mañana con sus manos solares descorre la cortina de la noche, tú, madre del Socorro, pabito vacilante, ves en el horizonte la sombra de una cruz y contemplas como las gaviotas dibujan interrogantes de muerte que flotan sobre el Guadiana.

La noche marinera se despide de ti en el paseo con una venia de luz y se va, dejando jirones por los esteros a los que pinta de pena. El “puchero” de tu rostro refleja los “pucheros” de los rostros de tu pueblo. Al viernes llegarás proclamada Aurora Bella para siempre.

Tus “cargaos” salpican en las paredes de tu pueblo oraciones y súplicas, barnizándolas con sudor y fe, esperando que tú las leas, cualquier mañana, cuando disfrazada de María de Nazaret, sin que nadie te vea, recorras esas mismas calles, asomándote a las puertas entreabiertas, para saber en qué necesitamos ser socorridos tus hijos.

Antes de abandonar el Socorro, arranco de tu palio un gladiolo y en su hueco brota este poema:

**Y quiso el gran Creador
adornarse con luceros
para embellecer la noche
para alumbrar los esteros,
para marcar los caminos
más ciertos al marinero.**

**Y pensando el creador
en la caída del hombre
al propio Hijo envió.
Un lucero lo anunció
a reyes como a pastores.**

**En la tarde que murió
mandó apagar los luceros
hasta el sol palideció;
Estaba muerta su vida.
todo de negro pintó.**

**Pero la mente divina
quiso hacer una excepción
con la noche ayamontina
y de su cielo colgó
cuatro luceros cofrades,
cuatro rostros de dolor:
Salud, Socorro, Rosario,
La Paz, luceros de amor,
luceros que donó el cielo
y Ayamonte bautizó.**

**No tengas miedo, cofrade,
no tengas miedo, ¡por Dios!
que si la noche está negra
hay luz en tu corazón.
Cuatro luceros te alumbran,
cuatro rostros de mujer
cuatro ayamontinas guapas
contraguías de tu fe.**

**Ayamonte, mira al cielo
que siempre en Semana Santa
viste la luna de largo
y bajo palio y varales
se acercan cuatro veleros
entre brisas celestiales:**

**De la Paz y del Socorro,
Salud, Rosario... María.
¡Qué más quieres, Ayamonte,
si ni la noche es oscura
ni se apagan los luceros,
si el dolor se hace alegría
si hasta Dios es marinero
y muere por ser tu guía!**

DÍA QUINTO

El niño que aún vive en mí recuerda, de nuevo, aquella palabra leída al calor de la lumbre:

“Dijo Dios: produzca la tierra animales vivientes de cada especie... Hizo Dios las bestias de cada especie.” Gn. 1,24

De pronto el campo se viste con telas del arco iris. La mar, celosa, adorna sus olas con cofias de espumas. Pozo del Camino roba el albor en las salinas cercanas y blanquea sus casas. El campo se tiende al sol y los árboles lo parchean de sombra.

Sueña Ayamonte:

Corretean por este jardín natural, devorado lentamente por el hormigón, bestias de diferentes especies: Burros aún salpicados de cal. Un caballo en la lejanía. Las mulas del Litri. Entre ellas La Mulita.

Un grupo se acerca. Vienen charlando y la alegría interior transpira en su cara. Uno de ellos tiene el semblante serio, pero no triste. Se acerca a la mula y se sube en ella. Su palabra se convierte en orden: “Vamos a Ayamonte”.

Muchos de los campesinos se unen al grupo y cortando ramas de los árboles y retamas, comienzan el camino hacia el pueblo que sigue tendido al sol, aunque inquieto, porque hay algo en el aire que huele a desenlace trágico.

El poeta del amor hasta la muerte, a lomos de un nuevo Platero, está dispuesto a escribir las últimas páginas de su evangelio.

A medida que se acerca al pueblo, el Señor Triunfante, los vecinos le vitorean y saludan desde sus ventanas con pañuelos blancos que son palomas de paz nerviosas.

Cuando llega al Paseo un tropel de gente le aclama, le jalea, le canta. Saluda a todos pero su mirada está fija en el templo de las Angustias y le asaltan recuerdos de otro Templo. Allí se encamina con lentitud. Los niños, cada vez más numerosos, le tiran del manto y le acarician con sus ramos.

El anochecer despierta a este pueblo y verá, bruscamente, transformarse La Mulita en caballo. Roma firmará su sentencia a golpe de lanza. Longinos acata y ejecuta la orden. Los cabezos de san Francisco parpadean ante el fulgor de una lanza limpia que apunta a un pecho entregado. Solo dos clavos impiden que Dios abrace a Ayamonte.

A san Juan casi no le ha dado tiempo a llegar, corriendo por la Barranca. Aún trae su manto olor a olivo y a triunfo y ya se está tiñendo de muerte. En la espadaña franciscana, la cigüeña es un garabato en forma de interrogación. El Cristo de las Aguas sale hundido porque quiere estar más cerca de su pueblo. María Magdalena solamente pronuncia lágrimas. El caballo no quiere mirar al reo y tuerce su cabeza. Las plumas orgullosas del romano acarician el arco conventual.

Tan gran dolor exige dos madres: Buen Fin, porque ya todo está consumado y Esperanza del Mar, porque del mar nació la vida y de la mar vendrá el nuevo velero de la resurrección. Si dos veces muere Dios en Ayamonte, dos veces su madre sale a acompañar al Hijo en la misma tarde del Martes.

Cuando se cierre la puerta de San Francisco, la Esperanza y el Buen Fin se transformarán en una, su única madre, que en el suelo cerrará los ojos del Hijo regándolos con las últimas lágrimas imposibles.

El júbilo zozobranante matinal que se tornó en Amargura por la tarde, voló hasta el templo del Salvador, posándose en un rostro de mujer.

Gaviota a quien el dolor abatió en pleno vuelo y convirtió sus alas en manos de madre para levantar al Hijo Caído por las calles de un pueblo, que intenta endulzar con su presencia su Amargura. Demasiado dolor para tan joven rostro. Demasiada amargura para tan dulces ojos.

Lágrimas de amargura también en el rostro de mi hijo pequeño al no poder acompañarte, Amargura, porque en esa, su primera estación de penitencia, el cielo lloraba lluvia. Quemaban sus lágrimas en mi mano al enjugarlas.

Descubro en tu cara, Amargura, las huellas de la tragedia de los malos tratos cuando manos cobardes destrozan el rostro hermoso de la esposa, o compañera, amparándose en la impunidad de lo íntimo. Miles de rostros emigrantes y sin papeles añaden amargura a tu amargura. En tu pecho se clavó un puñal amargo de un mar enloquecido, que esparció brutal, miles de muertes cuando la Navidad nos envolvía en cálido y cómodo letargo. Y puñal de gas te clavó febrero llevándose 18 vidas jóvenes en tierras de Castellón.

Y con tinta amarga, dos animales escriben la paradoja cristiana en la Semana Santa de Ayamonte. Este pueblo ha comprendido el mensaje del hijo del carpintero plasmándolo en arte andante.

Lo humilde para el triunfo y lo poderoso para el aparente fracaso. La Mulita eleva al nazareno a Rey; el caballo, convierte a la Vida en muerte. Ayamonte lo asume y por eso lo procesiona.

**Ya puedes entrar, Señor,
que Ayamonte ya te espera,
está la Ribera entera
oliendo a jazmín y a dama.**

**Un ejército infantil
con voz de candor te aclama.
¡Entra, Señor, que la llama
cofrade ya está encendida!.**

**Se ha vestido la mañana
con brisa de bienvenida.
La mar llega estremecida.
Baja el río preocupado.
¡Entra, Señor, proclamado
Rey por la chiquillería!.**

**Y cuando al Templo te acerques
deja suelta tu pasión
expulsa sin compasión
toda mentira, Señor,
si ha transformado tu casa
en antro frío y oscuro
y no en casa de oración.**

**Arrastra a esa juventud
que no traspasa el umbral
que no acude a celebrar
tu presencia verdadera.**

**¿Por qué tan huérfana está
de esa juventud tu iglesia?.
¿Por qué no está su presencia
en nuestras celebraciones?
¿Por qué ya no se ilusiona
como lo hizo contigo?**

**¿Qué hemos de cambiar, Dios mío,
para que vuelvan a entrar
los jóvenes y celebrar
la última cena contigo?**

**¡Que duro es asimilar
que tan sólo en unas horas
se cambie el ramo por lanza;
De mañana huelva a paz
y por la tarde a venganza.!**

**¡Cristo de las Aguas, riega
tanto desierto moral,
y eduquemos en valores,
sin ideología banal!
Ahuyéntanos la venganza.
Tráenos justicia social.
Haz que renazcan los frutos
del árbol de la hermandad.**

**Y tú, madre de Amargura,
Señora que entre varaes
vas escuchando reales
plegarias necesitadas.**

**Míranos que en este día
Ayamonte se ha empeñado
en tu noche de amargura
endulzar tu caminar.
Todo este pueblo, Señora,
no quiere dejarte sola
en su día más extenso.
Retando a la oscuridad,
te llamará Amargura,
Socorro te ha de invocar
y cuando se muera el viernes,
te rezará, Soledad!**

DÍA SEXTO

La página sepia de mi infancia tiene escrito en un rincón este retazo:

“Y dijo Dios: hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra... Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios los creó.” Gn. 1, 26.27

El amor del Creador siguió derramándose por aquel jardín de ensueño. Decidió copiarse, hacerse a su imagen y semejanza y de su mente nació el ser humano. Y en su delirio de amor, concedió al hombre su más hermoso don: la libertad.

Dios seguía amando al hombre y salió a su encuentro cometiendo la mayor de sus locuras de amor: hacerse hombre. Y acampó entre nosotros.

Y la tienda de humanidad de Dios, descansa en Ayamonte en tres puntales. Un joven puntal se encarna en un Cautivo en San Vicente. Otro de Pasión, arraiga entre los arcos de las Angustias. En la Villa, en el Socorro, se asienta el tercero que responde al nombre de Padre Jesús.

Dios hecho hombre y por el hombre condenado, se asoma al Salón cuando el Guadiana se va tragando la noche del Lunes. Una mancha blanca se recorta en la puerta de la iglesia. Me acerco entre los ayamontinos que se agolpan y miro su rostro.

La mirada es triste. Hay un matiz de amargura que se mezcla con el sudor frío y el miedo humano a lo incierto. No es momento de mirar a nadie. Está sólo. Piensa el Dios hombre Cautivo que es mejor perder la mirada en el suelo. Que nadie se sienta interpelado, herido, por unos ojos que derramarían denuncia justa contra la traición de los amigos.

Los árboles del parque se estremecen y sus hojas le susurran la sentencia, firmada días antes. La expulsión de los negociantes del templo colmó el vaso.

Ayamonte se asoma a la venida de Andalucía y espera al Cautivo. Él calla. Está majestuoso porque la verdad y la inocencia engrandecen a los reos injustamente condenados. Tiembla el sol amenazado por el poder de las tinieblas.

Mar y río, confundidos, susurran una canción que la dársena acuna:

**Rumores hubo en la tarde
que en la noche se cumplieron.
¡Al fin,
Cautivo!
¿Por qué no miras?
¿Será que no quieres ver
al amigo que se aleja,
con el calor en los labios
que sabe a traición... a hiel ?**

**La luna
sale del mar,
sudorosa,
con un vestido de espuma,
y huele la noche a rosa
recién cortada.
Andas sobre las cabezas
y buscas el corazón.**

**Ayamonte reza y mira.
Las Angustias ya se estira
para verte en la Laguna.
Corre un viento de tragedia,
las palmeras se estremecen.
Un niño pide la cera
que llora el cirio inclinado,
en esta noche de esparto,
del callado penitente.**

**La libertad se suicida
y se ahorca en los esteros.
¡Cautivo, vas a la muerte,
vas agrandando el misterio!**

**El parque huele a emoción,
Cautivo, cuando tu vuelves
y en un abrazo se envuelve
contigo todo el Salón.**

**De pronto el reo viste morado. Las Angustias se abren
de par en par. Su Nazareno avanza entre los ayamontinos
que se han pegado a su sombra ya tenue. Esta pisando
Ayamonte, un año más, el Señor de Pasión**

**Serenidad.
Calla el viento.
Muere el sol.
Atardece.
Parpadean los colores.
Tiemblan en la cal las flores.
Se hace fácil la oración.**

**Se derrama,
desde un balcón, la saeta.
El alma,
desnuda, quieta,
se abre de par en par.**

**La emoción,
caracolea.
Se ocultan las gaviotas.
Se oye el silencio.
Está saliendo Pasión.**

**La luna
es agujero de plata
en la noche marinera.
Se cimbrean las palmeras.
Lanzan las sombras, despacio,
pétalos que son luceros.**

**Es de noche.
En el paseo,
tañe húmeda canción
un mar que llega de lejos,
habla de amor y de muerte,
de intrigas, miedo y traición.**

**Guarda la cal tu figura
cual Verónica de sombra.
Tus pupilas aún conservan
un hábito y un convento;
pardo y blanco es el primero;
el segundo
huele a paz y sabe a Dios,
a un Dios pobre y limosnero**

**El corazón
pide silencio a la música.
Hay unos ojos que lloran
y rezan desde un rincón,
detrás de un tronco vetusto
de una palmera
que tiembla porque no puede
acariciarte, Señor.**

**Jóvenes hombros te mecen
queriendo que veas la mar,
pero la mar que tu miras
está sentada en las sillas
enganchada a tu mirar.**

**Reza Ayamonte.
La música vuelve a sonar
engarzándose a tu sombra
empuja tu caminar.
La noche, oración de nácar,
se ha abierto de par en par.
Y, Señor, despacito,
cargado de comprensión
muy solemne,
te vas marchando,
dejando olor a Pasión.**

La luna se asoma y no quiere ver la hora del reloj del Salvador. Sus agujas van caminando a las dos y se me antojan manos recogiendo la oración que reza todo Ayamonte en el templo de la Villa.

Las horquetas son marcapasos de fe. Los ojos expectantes adivinan más que ven. La tensión se hace oración y explota la emoción contenida, cuando asoma la cruz que porta Jesús de Nazaret y que este pueblo transforma en Padre y Señor de Ayamonte.

Las matracas, guitarras roncadas, apuñalan al silencio. Las calles son alfombras de cabezas sobre las que flota y se traslada la imagen. Ayamonte es un cirineo de noche y alba. Padre Jesús recorre su pueblo devolviendo la visita que todos los viernes su pueblo le hace.

Las saetas rompen la noche cuando Padre Jesús entra en la plaza del Salvador. Se entrelazan como cordón umbilical uniendo dolor de Hijo y de Madre. Los “cargaos” le mecen para que escuche mejor. El cirineo intenta aliviar un poco más su peso.

La saeta, esa oración laica o religiosa que nace de un grito necesario que denuncia la injusticia cometida, que confiesa la fe del saetero de manera llana y popular, que grita o se lamenta viendo pasar el dolor en forma de condenado a cruz o en el rostro de una madre que ve de pronto oscurecerse el horizonte de su vida. Pero, además, la saeta ha sido y será también denuncia, al amparo de la cruz, de injusticias y calamidades en determinadas épocas.

El recorrido por la calle Amargura va dibujando una cara cada vez más sufriente. Cuando el pueblo cofrade desemboca en Galdames, Padre Jesús es un rostro surcado por la sangre y en su pómulo izquierdo una erosión estremece a quien mira. La tierra robó la carne en alguna de sus caídas.

Amparado en la oscuridad interior, me asomo desde un balcón de la calle capilla del Monte y compruebo que el dolor ha deshumanizado su faz. Es la consecuencia de no haber retrocedido ante el agresor. Intentaron tallar a latigazos y golpes un despojo humano.

El alba se enciende lentamente cuando Padre Jesús camina por el corazón de Ayamonte. Llega a las Angustias y asciende, corriendo. Tiene prisa. Se va a encontrar con su madre. Los “cargaos” os acercan, os acarician, os mecen, pero los dos lloráis. Ambos tenéis presente la imagen del camarín del templo y sabéis que la hora de que se haga realidad está cerca. El tiempo empuja la separación y el dolor ahoga. La virgen de las Angustias llora porque ella es ya el futuro de la tarde del viernes santo.

Padre Jesús es el último intento del hombre que nos quiere hacer ver, hasta donde se puede llegar si nos dejamos llevar por el odio, la violencia, la injusticia. Es su cara la última lección, la última invitación al amor, al perdón. Es la más clara condena de todo terrorismo.

El “*Señor de Ayamonte*” regresa arropado por saetas. El sol hiere sus ojos acostumbrados ya a la noche. Los ecos de la rifa se mezclan con su pregunta: ¿no es posible el amor?.

Ayamonte dice que sí y te hace la promesa y tú se lo recordarás el próximo viernes, cuando vuelva a verte porque no se acostumbra a las calles sin ti y te rezará:

**Señor que sin mirar ves.
Señor que escuchas a un pueblo
que todos los viernes sube
empujado por su fe
a tu casa del Socorro.**

**Sube, Señor, porque sabe
que allí arriba esta la clave
de su existencia terrena.
Dejando a tus pies su pena
baja la calle Galdames
más relajado y tranquilo
sabiendo que su oración
al mismo tiempo la escucha
un Dios, un Padre, un Amigo.**

**Pueblo que en la “Madrugá”
no te acompaña; le arrastras
con tu lento caminar.
Pueblo que contigo reta
a la incierta oscuridad
y por la calle Amargura
se aprieta junto a tu cruz
buscando, Señor, tu luz;
de tu mirar la ternura.**

**Cuando subes la Barranca,
cuando al convento tu llegas
un coro virgen se arranca
con plegarias. Es intento
de lograr por un momento
que no te aflija el dolor
comprobando que tu amor
se encuentra en tan buenas manos.**

**Llegas al alba al Paseo
y vuelves a oler la mar.
Murmuran, tu voz, las olas
con un eco pastoral:
*“abandona todo y vente
que al hombre quiero pescar”***

**Se traga el reloj las horas.
Tus “cargaos”, Señor,
no quieren que avance el sol
si tú no estás en la Villa.
Horquetas y corazones
se aceleran a la par,
que está muy cerca el Socorro
y ya quiere descansar
el nazareno Villorro
que en la tarde morirá.**

DÍA SÉPTIMO

Mi capricho infantil salta entre las páginas del libro, acercándose al final. Allí se topa con esta frase:

“Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres...”. Rm. 5, 12

Dios sigue siendo, en el fondo, un romántico. Esta lección la imparte en la noche el Cristo del Amor. Se pasea por Ayamonte cuando se han apagado los ecos del triunfo.

Dios está muerto. En su rostro se han posado todas las mariposas de la tarde que ya vestían de luto. Es un rostro que habla y parece decir que todo ha terminado.

Ayamonte logra que todas las campanas suenen a muerte y las saetas sean pañuelos oscuros que saluden al Dios que por Amor muere la tarde del Domingo de Ramos.

La ciudad se despertará el Lunes Santo con la sensación de que aún la muerte acecha. Otro árbol, otra cruz, siembra sabor a muerte en el Salón y el olor a “sapera” enmarca el cuadro. Una vez más esta ciudad enseña que hasta la muerte puede ser buena.

Un pequeño crucificado se agranda en la sombra y a sus pies, escoltándole, un adolescente contraguía que sueña con ser capataz. En una esquina camina otro joven penitente y a este pregonero le cosquillea el corazón. El antifaz oculta su joven rostro y la emoción que, a mi manera, le he transmitido. Su madre, en la distancia, mira a su hijo con ojos humedecidos mientras aprieta la mano del hijo pequeño que ya desespera por acompañar a su hermano.

El joven nazareno, de vez en cuando, alza su mirada y mira el rostro del Cristo de la Buena Muerte. Ve como sus ojos se van quedando sin brillo, lentamente, como lentamente llegarán la muerte y la noche. Un esfuerzo inútil los mantiene semiabiertos.

Viene a su memoria aquella imagen primera del Cristo en el suelo y vuelve a revivir la emoción de su garganta abierta, profunda, como una herida de amor.

El Cristo de la Buena Muerte lucha por mantenerse vivo. Vive para animar a tanto enfermo en fase terminal para que no se marchite en ellos la esperanza. Delira por convertir en buenas todas las malas muertes que el hombre siembra.

Cara de dolor lleva Buena Muerte. Dolor porque teme encontrarse, a la vuelta de cualquier esquina de Santa Gadea, un rosario de lágrimas de su madre rota, más no derrotada. Quiere hablar pero no puede. El Salón teje un sudario de noche, marisma y sal para su Cristo.

Cuando muera Buena Muerte, el río del Viernes Santo de Ayamonte se bifurcará en cauces de muerte acristalada. El cielo es cristalino como las lágrimas. La Villa se enluta de cal. La música tiene cadencia de fado y profundidad de cante jondo. Cuando la noche se imponga, se tornará en aroma de capilla.

La humildad franciscana empuja a un yacente y se lo entrega a la noche para que, el Guadiana, limpie el rostro de un Dios destrozado.

La crueldad humana se cebó en él. No queda una sola brizna de belleza, de juventud, de vida. Está terrible y angustiosamente, muerto.

No hay en él, como diría el profeta, ni esplendor ni hermosura. Las miradas rebotan, dolidas, contra un velo de sangre y todo parece definitivamente roto.

El eco de la muerte franciscana volará hasta las Angustias. Allí, Dios sigue muriendo y Ayamonte, por segunda vez, pide perdón.

Sabe este pueblo que la muerte está de paso, que se ha posado momentáneamente en otro rostro de Cristo. No es su sitio y en cualquier momento, espantada, tendrá que remontar el vuelo.

La mar es ausencia. El Guadiana parece querer rodear y sólo por esta noche no quiere pasar por Ayamonte. La brisa no está húmeda, está sola.

Una gaviota de luto se posa en la espadaña de San Francisco. Las puertas se abren de par en par y un aire de soledad sale a la plaza. Detrás, una niña mujer, quiere mezclarse con su pueblo porque se ahoga en el vacío que la doble muerte ha dejado en su joven pecho

Ayamonte se agolpa a tu salida borrándote el nombre. No estás sola, Señora, hay un pueblo dispuesto a acompañarte. Ve en tus ojos imágenes que se le clavan en el alma porque todo en ti es llanto retenido.

Se te van uniendo soledades por las esquinas. La soledad hiriente del adolescente que se siente incomprendido. Soledad anoréxica que esculpe cuerpos con cinces de ayuno, coqueteando con el hambre y la muerte. Soledad del egoísmo que aísla y seca el corazón. Soledad blanca y destructiva de la droga que envejece a un sector de la juventud. Soledad de padres y madres impotentes ante su desgracia. Soledad de la maltratada que sólo te lo cuenta a ti porque nadie le cree. Soledad del amor imposible que tu comprendes. Soledad, soledades...

Ayamonte y todas las criaturas dormirán contigo un sueño franciscano y esperarán que el sábado comience a escribir la página gloriosa del triunfo de la vida. Le prestará su tinta el río y el folio, el cielo blanco de una mañana recién estrenada.

La oscuridad espera. Manolo Bautista da por terminada su primera estación de gloria. Su plegaria es un beso de luz y fe que se adhiere a tu rostro adolescente. Me uno a su oración y rezo:

**Un árbol trajo la muerte,
arrinconando al Amor,
no quiso permitir Dios
que se impusiera la nada
y de otro árbol sacó
la cruz que trajo la vida
y Buena Muerte sembró.**

**Ayamonte procesiona
dos veces a Cristo muerto,
pero es un mismo momento
en dos urnas repetido:
barroco de Amor florido,
gótico de cielo abierto.**

**Trae a galope la noche
una negra Soledad:
Es una madre que llora
viendo que la muerte mora
en dos urnas de cristal.**

**No llores más, Soledad.
No llores, ayamontina
que tu pueblo en cada esquina
vigila tu caminar.**

**No eches más llanto a las horas
que quiere pasar la noche
en San Francisco contigo
todo este pueblo cautivo
de tu hermosura, Señora.**

**No estarás sola, mi niña,
que es Ayamonte una piña
en el vuelo de tu manto
y está ensayando ya el canto
de la victoria cercana
que vendrá por la mañana,
cuando las estrellas huyan
por los húmedos esteros.**

**Vendrá tu Vida del mar
que Ayamonte la traerá
a hombros de costaleros.**

**De san Francisco las puertas
abridlas de par en par
que hasta que llegue la aurora
será Ayamonte, Señora,
sombra de tu Soledad.**

DESENLACE

La última frase que el niño recuerda decía así;

¿"Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?. No está aquí, ha resucitado." Lc. 24, 5.6

La mañana del Sábado amanece incierta en Ayamonte. Son pocos los que, en las iglesias, contemplan los pasos y palios que visten traje de nostalgia. Todo parece haber terminado y la doble urna de cristal es el punto final. No se escucha la voz de un cirio ardiendo en resurrección que encenderá la noche.

Pero al alba, de las Angustias, como velero blanco, saldrá un cuerpo desnudo que mira sonriendo como si despertara de la más terrible de las pesadillas. Junto a él, María de la Victoria, muchacha andaluza y ayamontina que ha cambiado las lágrimas por reflejos de luz.

Su imagen es el triunfo sobre el odio destructor. La vida sobre la muerte. De sus caras emana, vital, la pregunta de aquel primer Domingo de Resurrección: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?*

Jesús ha resucitado para quedarse en las calles de Ayamonte. Hablar con sus gentes. Jugar con sus niños. Convencer a todos que está vivo y está entre ellos. Quiere embarcarse con sus amigos los marineros.

Por eso realiza un milagro que no narrarán los evangelios. Logra que su capataz rompa el itinerario fijado. Que ascienda por la calle Lerdo de Tejada y llegue hasta san Francisco porque quiere que su madre cambie de nombre. Ya nunca será Soledad, ni Buen Fin, ni Esperanza del Mar porque todo ya es alegre realidad.

Entrará en el Socorro y borrará su puchero. Seguirá ascendiendo para cambiar la Amargura por una sonrisa. Jalea a sus propios costaleros que sudan resurrección. Consigue que se sueñen bajando por la carretera del parador y llegar al Salón para rogarle a su madre que en su Rosario ya solamente caben los misterios gloriosos.

A sus costaleros, marineros de su paso, les anima a llegar a las Angustias para pintarla de gozo, gritando que la Salud ya es eterna, que la Paz será duradera, que ya pasó el Mayor Dolor y que hoy todo huele a Victoria.

**Madre e Hijo pisando las calles ayamontinas,
haciendo más fácil la esperanza.**

**Piensa la madre que mereció la pena fiarse de Dios
cuando nadie se fiaba.**

**Su rostro juvenil es la mejor definición de lo que
significa resucitar.**

**Cuando entren en las Angustias, alocadas campanas
espantarán a todas las palomas que dibujarán en el cielo
la palabra RESUCITÓ.**

...Y AHÍ QUEDÓ

Aquí tendría que callarme. ¡Qué más se puede decir si Dios ya está vivo en Ayamonte! Pero no quiero olvidar que hoy es Domingo de Señas y aún todo es deseo, todo es víspera, todo tiene sabor a cercano, todo se barrunta. Compartir conmigo esta espera que ya nos desespera.

**Mi último ahí quedó
está llamando a la puerta.
Ya está la emoción abierta
y se barrunta mi adiós.**

**Ya me dice el corazón
que hay que vestirlo de estreno
que Ayamonte está ya pleno
de aromas y de ilusión.**

**Está la cera ya puesta.
La estética en movimiento.
Se hace la oración lamento.
Todo tiene olor a fiesta.**

**La “Mulita” está nerviosa.
Están los ramos cortados.
Está el Amor colocado
junto a su Salud hermosa.**

**Todo a punto de empezar:
Cautivo por dirimir,
Buena Muerte por morir,
y Rosario por rezar.**

**La Lanza ya al pecho apunta.
San Francisco sueña ya,
que la Esperanza del Mar
irá a hombros de La Punta.**

**Pasión, quieto, reflexiona
junto a su madre de Paz
que ya está cerca el costal
que les ama y procesiona.**

**El Caído por caer.
El Huerto será oración,
Ya se escucha la canción
que de Amargura ha de ser.**

**Las horquetas en gavilla
sueñan dolor y Socorro,
que añora el Cristo Villorro
de nuevo pisar su Villa.**

**Preparada la escalera
que ha de Descender a Dios.
Crece el Mayor Dolor.
mientras que la vida espera.**

**Sola lloras, Soledad,
viendo muerto a Vera Cruz,
viendo sus ojos sin luz
en dos urnas de cristal.**

**En lontananza la gloria.
Ayamonte ensimismado,
verá a Dios Resucitado
oliendo a mar y a Victoria.**

**Termina mi pregonar.
De nuevo miro a los cielos
que allí hay dos almas que fueron
la vida en mi caminar.**

**Está ya mi bajamar
relamiendo los esteros
y yo agradeceros quiero
tres cosas para acabar:**

**Aquí me encontró el amor.
Me has dado, Ayamonte, techo.
Fueron tus campos barbecho
donde sembré el corazón.**

**De cuna de labrador
ya me siento marinero
y en tu Domingo Señor
me has hecho tu pregonero.
¡Qué más puedo pedir yo!**

¡Ahí quedó!

**Francisco Blázquez Martín
13 de Marzo de 2.005**

GRACIAS:

- **Al arte de Angel Rodríguez Guerrero “D’Esury”, Manuel Giráldez, Rafael Oliva, Rafael Monroy, Hipólito Viana y M^a Carmen Sánchez Ruda, prestado para ayudarme a pregonar.**

- **A todas las entidades y personas que hacen posible que este pregón llegue a tus manos.**

El Autor

CONTENIDO:

Con permiso.....	3
Saludo.....	9
A ésta es.....	10
Día Primero: La Luz, el día, la noche.....	11
Día Segundo: los cielos	19
Día Tercero: Tierra, mares, vegetación.....	28
Día Cuarto: Luceros.....	38
Día Quinto: animales vivientes.....	56
Día Sexto: El ser humano.....	63
Día Séptimo: La muerte.....	76
Desenlace: No está aquí, ha resucitado.....	84
...Y ahí quedó	87